

acusaciones, proponiéndose demostrar «que entre los principales auxilios prestados por España á Italia... para contribuir á la restauracion de las buenas letras, debian sin duda alguna contarse la cultura de la lengua y poesía vulgar, de que fué en gran parte deudora á los príncipes catalanes que dominaron la Provenza, así como á varios poetas españoles que se ejercitaron en la poesía llamada provenzal, si bien los provenzales la aprendieron de los españoles»¹. Dominado tal vez Lampillas de un patriotismo exagerado, alegaba para legitimar sus opiniones frágiles argumentos, que si pueden acaso lisonjear el provincialismo de Cataluña, segun se manifestó ya en el pasado siglo², sólo alcanzaron á producir, despues de un maduro exámen, efecto contrario á su arriesgado propósito.

Comprendida en la aseveracion general la poesía castellana, que toma con el trascurso de los tiempos el título de *española*, menester era tener en cuenta todos los hechos que dieron vida á la nacionalidad central de España, si habia de tratarse la enunciada cuestion bajo su verdadero punto de vista. Para resolver si esta poesía debió ó no su nacimiento á la provenzal, necesario era considerar todas las relaciones históricas, filosóficas y artísticas de una y otra, siendo este el único medio de obtener la verdad, y evitando así los escollos en que tropezó la crítica de tantos escritores distinguidos, y de que no han logrado libertarse en nuestros dias diligentes filólogos y hábiles historiadores.

II.

Dos son los más respetables, cuyas opiniones debemos tener presentes tocante á la cuestion histórica: Raynouard, que en su discurso *Des troubadours et des cours d'Amour*, en su *Choix des poesies originales des troubadours* y en su *Lexique Roman* ha ilustrado la historia de la lengua y la poesía provenzal, dando grande autoridad á sus investigaciones; y Fauriel, que en su *Histoire de la poesie provençale* ha segundado con notable éxito

¹ *Saggio Storico Apologetico*, tomo II, disert. VI, § VI.

² *Memorias de la Real Academia de Barcelona*, tomo I, Apéndice, pág. 561.

sus laudables y propios esfuerzos, al escribir la *Historia de Provenza*. Sostiene el primero con no escaso aparato de erudicion, que «fué la lengua de los trovadores fijada y perfeccionada antes de que hubieran podido fijarse y perfeccionarse las demás lenguas neo-latinas», alegando no obstante débiles testimonios para comprobar su existencia á mediados del siglo X, bien que teniendo como positivo que el poema de *Boecio*, por él publicado, excedia en antigüedad al primer año del XI. La prueba más fuerte, la que en su sentir no consentia duda alguna respecto de la prioridad de la lengua y por consecuencia de la poesía de los trovadores, era sin embargo la existencia no contrariada de las composiciones métricas de Guillermo IX, conde de Poitiers, cuyo estilo «es tan claro, tan correcto, tan armonioso como el de los trovadores que brillaron más adelante... Esta circunstancia» (añade) seria tal vez suficiente y decisiva para admitir que desde el siglo XI estaba ya fijada y aun perfeccionada la lengua de los trovadores; pero lo que más fuerza dá á la conviccion es la diversidad de formas poéticas, la variedad de las combinaciones del metro y de la rima, no menos ingeniosas que felizmente armonizadas, que son tan antiguas como los más antiguos monumentos literarios conocidos. Este admirable mecanismo de la versificacion, la division de las piezas en estrofas, el arte de mezclar los versos de diferentes medidas, de enriquecer el ritmo por el enlace y correspondencia de las rimas, ya en la misma estrofa, ya de una en otra; y una porcion de ornamentos que se reproducen en todas sus obras, son finalmente otras tantas pruebas irrecusables del estado de progreso á que la poesía, y por lo tanto la lengua de los trovadores, habia llegado mucho antes que las demás lenguas neo-latinas»¹.

Siguiendo Fauriel las mismas huellas, afirmaba, despues de bosquejar la vida de Guillermo, que no reconociéndose «en él *instinto poético pronunciado*, eran sus versos prueba irrecusable de que el conde de Poitiers no podia haber sido el primero de los trovadores». Y examinadas las dos únicas composiciones amorosas de aquel príncipe, que entre otras de diverso carácter

¹ *Recherch. philol. sur la lang. Romane, Lex. Rom.*, tomo I, pág. 18.
TOMO II.

pueden leerse sin repugnancia, continuaba: «Puede asegurarse que en las dos piezas, que acabo de traducir, no expresaba el conde de Poitiers sentimientos que le fuesen propios, ni una manera de concebir el amor que fuera la suya. Hubiera sido el último de los hombres para imaginar cosa semejante!... Al hablar así, sólo expresaba sentimientos é ideas generalmente admitidos en su tiempo entre las altas clases de la sociedad, al menos en el Mediodía. Había entonces para pintar estos sentimientos y estas ideas una poesía especial, que era ya la de los trovadores, nueva aun si se quiere, no habiendo tomado todavía todo su vuelo; pero más antigua sin embargo que el conde de Poitiers, y formando ya un sistema original, fijo en sus puntos principales»¹. Raynouard y Fauriel, apartándose del comun sentir de los historiadores que le precedieron, remontan pues los orígenes de la poesía provenzal á una época anterior á la en que florece Guillermo [1090 á 1127], si bien no pueden menos de confesar que es este el primer trovador, cuyas obras fueron escritas.

Á la verdad no seremos nosotros los que nos opongamos á esta deducción lógica: el primer poeta que escribe sus composiciones, no es, ni puede ser nunca el que echa los primeros fundamentos al arte de la nación á que pertenece: el arte, nacido espontáneamente entre la muchedumbre y conservado por la tradición, llega entonces á la segunda edad de su existencia, preparándose para hacerse propiamente erudito; y claro es que en semejante situación debe estribar en ciertas y determinadas leyes. Estas condiciones reconocemos en las obras del conde de Poitiers, quien como poeta que fija sus cantos por medio de la escritura, tiene en breve abundantes imitadores, alentados por la protección de los condes de la Provenza y de los magnates que en el mediodía de Francia intentan emular el fausto de su corte. No logró por cierto pequeña parte en este desarrollo de la poesía de los trovadores, distinta ya de la cultivada por los juglares, el emperador Federico Barbarroja, quien por los años de 1150 comenzó á prodigarles todo linaje de premios y de honores, estimulándolos al par con su ejemplo. Preciábase Barbarroja de discreto poe-

¹ Tomo I, cap. XIV. págs. 471 y 72.

ta y versificador esmerado; y tomando parte en el concierto que levantaban sus trovadores¹, pudo en breve inocular en sus magnates el mismo amor á la poesía, siendo esta sin duda la época en que tomó mayor vuelo la literatura provenzal, según observa César Nostradamo al asentar, con más seguro criterio que Juan, su tío, que por los años de 1162 principió á dar verdaderos frutos: «En este tiempo (escribe) empezó á florecer la poesía provenzal, honrándola con sus producciones infinitos personajes de alta gerarquía, que romanzaron, poetizaron y cantaron sus composiciones con liras é instrumentos; por lo cual fueron llamados *trovadors* (esto es inventores), *violars*, *juglars*, *musars* y *comics* de las violas, flautas y demás instrumentos musicales»².

En efecto, desde esta época cobran extraordinaria celebridad los nombres de Bernardo de Ventadour, primer modelo de la poesía lírico-erótica de los trovadores, Pedro Rogier, Guido de Guissel, Peirols de Roquefort, Arnaldo de Marveil, Beltran del Born, y tantos otros como durante los siglos XII y XIII pulsaron la lira y usaron la lengua de los provenzales, ya para cantar sus amores, ya para ensalzar las proezas de sus amigos, ó ya en fin para deramar sobre sus enemigos el amargo veneno de la sátira. Mas despues de haber exhalado todos los acentos del amor y de la galanteria, llegaba aquella arte á fines del siglo XIII decadente y desautorizada, según han observado todos los críticos y confiesan paladinamente Raynouard y Fauriel al trazar su peregrina historia. «La poesía provenzal (dicen generalmente los historiadores literarios) nació en el siglo XI y se perpetuó hasta el XIII sin

¹ Casi todos los escritores que han tratado de los provenzales copian los versos de este emperador, en los cuales quiso mostrar su aprecio á todas las naciones que le habian favorecido en sus empresas guerreras. Comienzan diciendo:

Plas-mi cavalier francés
E la donna catalana
E l'onrar del ginoés
E la cort de castellana, etc.

Voltaire atribuyó equivocadamente á Federico II esta conocida copla (*Essai sur les Moeurs*, cap. LXXXII).

² *Hist. Provenzal*, año 1162.

»progreso alguno notable... Esta literatura se extinguió demasiado pronto. La *lingua romana* desapareció ante el brillo del toscano de Alighieri, muriendo después de dos siglos de existencia, tal vez porque ningún grande ingenio la había consagrado con sus pensamientos sublimes»¹.

En vano primero Giraldo de Borneil y más adelante Giraldo Riquier aspiraron á contener su ruina y descrédito: cuando se lamentaba el primero de que habían caído entre los trovadores en hondo desprecio el amor y la caballería, ninguna esperanza podía ya abrigarse sobre la restauración de aquella poesía, artificialmente basada en uno y otro sentimiento: cuando recurria el segundo al Rey Sabio, para rogarle que protegiera á los verdaderos trovadores, y con ellos el arte que les había dado fama, mostraba claramente que ni el arte ni sus cultivadores hallaban ya en el suelo de Provenza, ni en sus feudales castillos, la antigua predilección, olvidadas de todo punto las costumbres poéticas de los siglos precedentes².

Del breve sumario que acabamos de hacer, se deduce sin ningún género de duda que los primeros monumentos escritos de la poesía provenzal se remontan únicamente á principios del siglo XII ó fines del XI, abrazando la historia de este primer ciclo (que es el que realmente la caracteriza) hasta fines del XIII, en que por último desaparece.

Entre nosotros no ha sido posible á la crítica presentar iguales testimonios para comprobar la antigüedad de la poesía vulgar ó castellana, fijada ya por la escritura; porque el poco aprecio en que hasta fines del pasado siglo se tuvieron sus primicias, ha sido cau-

¹ Duquesnel, *Histoire des lettres*, tomo IV, cap. XVIII.

² *Suplicatio que fes Gr. Riquier al rey de Castela, per lo nom de juglars* Pan LXXIII; Millot, *Hist. litter. des tróubs.*, arts. *Giraud de Borneil y Giraud Riquier*, tomos II y III, págs. 1 y 329; Milá, *Los Trovadores en España*, pág. 233.—Milá, que abre tal vez demasiado la mano en cuanto se refiere á influencias trascendentales de la poesía provenzal en Castilla, añada, dada cuenta de esta *Suplicatio* y de la respuesta que se pone en boca del Rey Sabio: «Esta reglamentación de la clase trovadoresca fué más bien el testamento de la poesía provenzal en Castilla» (Id., id., pág. 240). En su lugar tocaremos de nuevo estos puntos bajo otras relaciones.

sa de que no se emprendieran fructuosas investigaciones, tomando cuerpo y consistencia los fáciles errores de otros días. Todos los que se dejaron llevar del aserto del Marqués de Santillana, perdieron sin embargo de vista que tan esclarecido poeta manifestaba de una manera inequívoca, en la misma *Carta al Condestable*, que era el *Libro de Alexandre* el primer monumento literario de que tenía noticia¹, lo cual observó oportunamente en el prólogo que puso al referido poema don Tomás Antonio Sánchez². Y si el *Libro de Alexandre* pertenece, como se ha demostrado por este docto bibliólogo, á mediados ó tal vez á la primera mitad del siglo XIII; si el lenguaje, la metrificación y la rima empleados en él manifiestan ya considerable desarrollo de la poesía, ya esencialmente erudita; si aun puesto en parangón con las obras de Berceo, escritor asimismo docto de principios del indicado siglo, se advierte que el lenguaje ha hecho notables adelantos, ¿por qué pues autores, á quienes no es lícito negar ni erudición ni buen criterio, asientan en nuestros días que la poesía castellana «debe su origen á la lemosina ó provenzal», y toman por base de su creencia el aserto del Marqués de Santillana?

Lamentable es en verdad que así se den por resueltas cuestiones, que no solamente no se han ilustrado cual pide su importancia, sino que, al serlo, pondrán sin duda en evidencia la fragilidad de opiniones hasta ahora no contradichas ó respetadas, ofreciendo resultados enteramente contrarios á las mismas. La crítica, que al darse á luz los monumentos anteriores al *Libro de Alexandre*, pudo explicar la indicación de don Íñigo López de Mendoza de una manera satisfactoria, rectificando los errores á que hubo de conducir en orden á la cronología literaria, no debe pues valerse, sin contradicción manifiesta, de la autoridad de aquel respetable escritor para fijar los orígenes de la poesía castellana.

De más arriba vienen estos, y más legítima procedencia traen, según demuestran los estudios que dejamos realizados. De ellos resulta que no interrumpida, á pesar de las grandes conturbacio-

¹ Núm. XIV.

² *Colec. de poes. cast.*, tomo III, pág. XII.

nes que afligieron á España, la tradicion latino-eclesiástica, ni apagada tampoco en la muchedumbre aquella manera de entusiasmo poético, que la animaba durante la monarquía visigoda, hubieron de ser las hablas romances intérpretes de sus alegrías y dolores desde el momento en que aparecen, tomando por único tipo y norma los cantos religiosos, aprendidos en comun bajo las bóvedas latino-bizantinas. No se nos tildaría de antojadizos ni ligeros, si apoyados en los irrecusables documentos alegados, al tratar de la formación de las referidas hablas, nos adelantásemos hasta asegurar que existió ya el romance hablado en Astúrias, así por sus naturales como por los que se acogieron á las montañas para fundar la nueva monarquía, desde los mismos tiempos del rey don Pelayo¹. Y como quiera que los testimonios más antiguos alegados por Raynouard en su *Observations historiques sur la langue romane* no exceden del año 944², tampoco se nos tendría por exajerados, si adoptando el mismo raciocinio empleado por el citado autor, dedujésemos lógicamente que desde la expresada época debió dar señales de vida la poesía popular castellana, así como antes de Guillermo IX existió sin duda la lemosina en el suelo de Provenza.

Cierto es que desde el momento en que esto sucede hasta el en que se supone escrito el *Poema del Cid*, no ha sido posible antes de ahora hallar monumentos literarios que señalen el natural desenvolvimiento de aquel arte naciente, mas hoy, por fortuna, no es lícito dudar de que pasado ya el primer período de su infancia, y luego que empezó á ser escrita, nos dejó la poesía castellana notables vestigios de su existencia, fuera de otros testimonios no menos fidedignos que respecto de este hecho debemos á la historia. Bueno será recordar aquí, sobre cuanto dijimos y comproba-

1 Véanse los referidos testimonios en las págs. 390 y siguientes. Con verdadera satisfaccion hallamos en el discurso del entendido académico Hartzenbusch, ya otras veces citado, esta misma deducción crítico-histórica. «No hay fundamento para negar (dice despues de alegar documentos de igual fuerza á los que nosotros dejamos examinados) que en tiempo de don Pelayo no estuviesen ya constituidos los romances de España» (*Discursos académicos*, tomo II, pág. 34).

2 *Lexique Roman*, tomo I, págs. 15 y XVII.

mos en el cap. XIV respecto de los siglos X y XI, que en todo el XII encontramos en los dominios castellanos cultivadores de las musas, reconocidos por tales en instrumentos públicos, lo cual manifiesta de una manera harto significativa que más de un siglo antes de la *Suplicatio* de Riquier eran bien considerados en el suelo leonés y castellano, no causando extrañeza alguna la triple denominación de *juglares*, *trovadores* y *poetas*, que parecían usar, no sin alguna vanagloria. El nombre de *Pallea* JUGLAR aparece, en efecto, entre los confirmadores de dos privilegios dados en Burgos por Alfonso VII en 1136 y 1145¹; el de *Gomez* TROVADOR en una escritura de Aguilar de Campoo, cuya data es de 1161²; y finalmente el de *Giliberto* POETA en otra escritura fechada en Uclés, á 5 de marzo de 1203, por la cual el conde don Fernando de Lara, dona á los caballeros de Santiago el castillo de Carabanchel y varias haciendas de Escalante y Trasmiera. Este documento fué sin duda escrito por el mismo Giliberto, pues que despues del nombre y la calificación de *poeta*, se lee la palabra *scripsit*, que así lo persuade³.

Varias observaciones de no escasa importancia para la cuestion

1 Véase el II.º, *Peleografía Española*, pág. 101.

2 Sota, *Crón. de los príncipes de Astúrias y Cantabria*, pág. 447, col. 1.ª El documento original, que ha sido recogido en los últimos años por la Real Academia de la Historia, es en efecto una carta de venta, otorgada por «don Armigoth, filius dona Maria Dalmenar,» en que vende al abad Andrés, juntamente con su convento de Aguilar, «aqueos prados que habeo en Ermindanos que mihi pertinent iure hereditario, que tenuit dona Maria, mater mea..... per xx.ª morauetinos. Facta carta Era. m.ª cc.ª xxx.ª v.ª Regnante rege Aldefonso, cum uxore sua Alienor, in Toletu et in Castella. Maiordomus curie regis Petrus Garsias de Lerma. Alfierez Didacus Lupez de Faro. »Maerinus maior regis Roi petrez. Martinus, burgiensis eps.... Dominante comite Fernando en Aguilar et in el Alfoz. Gil Gomez en Campo et in Asturias. »Et hisunt testes huius uendiciois. Roi Petrez de Mala-uilla. F. Garci Roiz de Auia. Gomez, trovador. Garci Petrez, maiordomo de Roi Petrez. Alfonso Brauo. Pet.º Petrez, maiordomo de don Armigoth. Don Nunio de Valderrama.» etc. No hay para qué notar que esta misma carta es un comprobante eficacísimo de cuanto observamos (*Ilustracion* II.ª, págs. 40 y siguientes), respecto de los documentos bilingües y ya casi castellanos durante el siglo XII.

3 Salazar, *Prueb. de la Hist. de la casa de Lara*, pág. 622.

de que vamos tratando, se desprenden de estos irrecusables testimonios que anudan y transmiten hasta una época ya más conocida la tradición escrita de nuestros primitivos poetas: es la de más bulto la que nos lleva á considerar que ponian estos sus nombres al lado de los caballeros y magnates, confirmando como los ricos-omes los privilegios de los reyes; prueba inequívoca de la representación que en la corte alcanzaban. Y cuando por otra parte los vemos hacer ostentación del título, con que los distinguía su talento, lo cual denota ya entre ellos una clasificación formal, no podemos menos de obtener como naturalísima consecuencia, que esa triple denominación era hija de las costumbres poéticas, cosa que nunca podría haber sucedido sino después de largos años, con lo cual parecen probadas las aseveraciones ya citadas de Giraldo Riquier, cuando aseguraba en su lenguaje de trovador provenzal que:

...Tots temps ioglaria
É sabers an trobat
En Castela ab grat
Captenh é noirimen
Do et emendamen
Mais, é cosselh cabal
Qu'en lunha cort rial
Ni en outra que sia.

Y no se nos objete que estos poetas eran todos cultivadores de la lengua latina,preciado instrumento de los que pasaban á la sazón por eruditos: los poemas de los *Reyes Magos* y la *Vida de Santa Maria Egipciaca*, antes referidos, apareciendo á nuestra vista como intermedios entre los primitivos cantos populares no escritos y los poemas *del Cid*, nos autorizan á juzgar que no debió ser peregrina para dichos poetas el habla de Castilla, y á tener por muy verosímil que á ellos, ó á otros acaso de más antigüedad, cuyos nombres todavía ignoramos, pueden pertenecer los primeros monumentos escritos de nuestra poesía escrita, conocidos al presente.

Pero si de la consideración meramente histórica, fundada en testimonios indirectos, aunque fehacientes, pasamos á la apreciación literaria, parándonos á examinar esos primitivos poemas de la musa castellana, nada creeríamos aventurar asegurando que

son prueba palmaria é irrecusable de cuanto vá asentado, testificando de la venerable antigüedad de nuestra poesía escrita y de la más remota de los cantos populares. No otra cosa nos dicen en efecto los dos libros de los *Reyes Magos*, la leyenda de *Santa Maria Egipciaca* y la Crónica ó *Leyenda de las Mocedades del Cid*, ya mencionados: ofrecen todos estos poemas tales caracteres, ora respecto del lenguaje, ora de las formas artísticas; presentan tantos rasgos de actualidad relativos á las creencias y á las costumbres; encierran (principalmente el último) tantas y tan frecuentes alusiones á personajes poco há fallecidos ó existentes aun, que después de un estudio detenido y filosófico no es dable dudar que precedieron, cual vá indicado, al *Poema del Cid*; opinión que apunta tocante al libro de *Santa Maria Egipciaca* y sostiene respecto á las primeras formas de la *Crónica ó Leyenda* un entendido crítico de nuestros días ¹.

Mas si aun en el estado imperfecto en que han llegado á nuestras manos revelan estos monumentos tal antigüedad, no se olvide que no fueron ni pudieron ser, filosóficamente hablando, los primeros cantares de la musa castellana, por más grandes que sean su ingenuidad y su rudeza: antes de escribirse esos cantos, ya lo hemos repetido, vivieron habla y poesía vulgares en continua lucha con la lengua y la literatura de los eruditos hasta vencer la repugnancia de los semidoctos; fenómeno que se reproduce tambien en todas las literaturas neo-latinas, operándose de una manera clara en la provenzal, que se nos presenta cual modelo. ¿Ni cómo era dable concebir siquiera que un pueblo de tanta vitalidad y energía, como el español, careciera por el espacio de tantos siglos de todo linaje de cantos, condenado al silencio de la abyección y de la barbarie?... Sin embargo, casi todos los críticos ultramontanos afirman que hasta mediados del siglo XII no llega á ser expresión del sentimiento poético de nuestros abuelos.

Y esta contradicción que así resalta en órden á los citados poemas, es mayor todavía cuando se repara en que ha sido el *del Cid*, compuesto sin duda antes de mediar el siglo XII, base y

¹ Dozy, *Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne*, páginas 629 y 630.

motivo de semejantes observaciones. Nada, absolutamente nada dedujeron los críticos de su extraordinaria extensión, ni del propósito que animó al poeta, cualquiera que fuese la fuente de sus *cantares*; y sin embargo una y otra cosa debieron probarles que antes de realizarse y fijarse obra de tales dimensiones, se habrían escrito otras muchas poesías más cortas y fugaces, destinadas, no ya á bosquejar la vida entera de un héroe, sino á revelar un sentimiento ó á consignar un hecho digno de imitación y de alabanza.

Todo pues contribuye á darnos por seguro que no se halla tan clara y manifiesta, tan comprobada, como se ha pretendido, la prioridad histórica de la poesía escrita de los provenzales sobre la poesía castellana; siendo indudable que si de la cultivada por los que algo sabían pasamos á la meramente popular, nacida espontáneamente entre la muchedumbre ignorante, son todavía mayores las dificultades para admitirla. Aunque historiadores tan apreciables como Fauriel asienten lo contrario, según adelante advertiremos, no puede la poesía indígena de ningún pueblo sujetarse á extrañas influencias, sin abjurar de su originalidad, ni menos considerarse como hija de otra cualquiera, sin tropezar en el absurdo. Esto sucede sin duda en orden á los *romances*, nacidos, cual vá dicho, al sembrar los trigos; pues que los primeros cantos heroico-populares que tras las victorias de Pelayo entonan los cristianos, ya en la descompuesta lengua del Lacio, ya en las nuevas hablas que surgen de sus ruinas, se refieren naturalmente á una época en que carecían de comercio y comunicación aun con los árabes sus vecinos.

III.

Mas demos la prioridad histórica, como sin pruebas ni exámen suficiente la han concedido muchos de nuestros literatos ¹, y en-

¹ Don Luis José Velazquez no vaciló en afirmar que la poesía lemosina es la más antigua de las vulgares, diciendo que «los poetas provenzales españoles de que tenemos noticia, suben hasta el siglo XI. En él (añade) vivía don Pedro I, si acaso es él y no Pedro II, á quien deben atribuirse los

tremos á considerar el importante asunto de que vamos tratando, bajo su aspecto filosófico, para lo cual será bien que juzguemos comparativamente la poesía provenzal y la castellana. Este exámen nos dará sin duda la luz que apeteecemos, considerando:

Primero: ¿Cuál es el carácter de la poesía de los trovadores desde los primeros días de su existencia? ¿Qué elementos la constituyen? ¿Qué principios políticos y religiosos la animan? ¿Cuáles son las costumbres que revela?

Segundo: ¿Cuál es el carácter de la poesía española desde sus primeros bagidos? ¿Cuáles son las fuentes, donde se inspira? ¿Qué principios religiosos y políticos, qué costumbres representa?

Hé aquí, en nuestro concepto, la fórmula natural de esta cuestión en el terreno de la filosofía. Seremos sóbrios en la exposición de los hechos.

El primer trovador conocido entre los provenzales es, según ya sabemos, Guillermo IX de Poitiers, cuyas poesías reunidas han dado á luz por la segunda vez los eruditos Guillermo Holland y Adelberto Keller ¹. La mayor parte de estas composiciones tienen

«versos provenzales de que habla Guillermo Castel. En el siglo XII los hizo don Alonso I de Aragón», etc. (*Orígenes de la poesía castellana*, § IV, pág. 20 de la ed. de Málaga). Sensible es el vernos á cada paso obligados á rectificar los errores, en que han caído nuestros eruditos. Ni el Pedro I ni el II, de quienes habla Velazquez, figuran como tales trovadores en la historia de la literatura provenzal, sino Pedro III, célebre por las *visperas sicilianas*, el cual compuso una sátira contra el rey Felipe, el Atrevido, y el Papa Martín IV, por haberle este excomulgado y aspirar á despojarle del trono. Pedro III murió en 1285, en que pasaron también de esta vida el Papa que le descomulgó y el rey que vino á lanzarle del reino en virtud de aquel anatema. Tampoco es Alfonso I el rey trovador de este nombre; error á que indujo Crescembén á Velazquez, cuando le menciona con este número en su *Giunta alle vite di poeti provenzali*. Fué sí Alfonso II, quien murió en 1196 y compuso varias canciones amorosas, de que sólo se conserva una (*Amat, Mem. de los escritores catalanes*, pág. 13). Ambos monarcas se distinguieron por la protección que dispensaron á los poetas provenzales. Véase pues cómo, rectificando los hechos históricos, queda reducida la antigüedad de estos poetas régios á fines ó cuando más á mediados del siglo XII, en que florece Barbarroja.

¹ *Die lieder Guillelms IX, grafen von Peitieu herzogs von Aquitanien, herausgegeben von Wilhem Holland und Adelbert Keller.*—Zweite Ausgabe.—Tü-